

ha de engañar por necesidad al otro, o con más frecuencia se engañarán mutuamente. La sociedad tolera el engaño, pero no el escándalo. El drama es inminente. El marido procura ante todo salvar su honra, y un asesinato es la consecuencia de la santidad matrimonial consagrada por las leyes.

Si estas aberraciones proceden de la coacción social es porque no se ha emancipado de los errores tradicionales; y no se ha emancipado porque el Estado y sus leyes, por medio de organismos de desmoralización y de espionaje, mantienen y fomentan los efectos de la transmisión hereditaria.

Individualmente todos condenamos tales aberraciones. La opinión es contraria a esos actos de salvajismo. Los argumentos surgen a montones en contra de lo que nuestra razón individual rechaza. ¿Por qué, pues, se obscurece nuestra razón y obedecemos al impulso de añejas preocupaciones? ¿Quién impide que la razón individual se abra paso?

Si desaparecieran las instituciones que fomentan la guerra; si desaparecieran las leyes y con ellas el espíritu de venganza que las informa; si el castigo no fuera la base de nuestras relaciones; si, en fin, al desaparecer las instituciones coercitivas, entráramos en una nueva vida de libertad, de amor, de expansión, de mutuo apoyo, todos los fatales efectos de lo existente no se producirían, y nuevos efectos derivados de causas nuevas vendrían a ser la característica obligada de la existencia.

Es un hecho evidente que de la lucha en que vivimos resultan los rencores, los odios, las venganzas, los crímenes por todos reconocidos; de una vida armónica, fraternal, solidaria en los intereses, resultaría necesariamente el amor, la amistad, la abnegación. Entonces la coacción moral seguiría estos nuevos rumbos, y tanto cuanto hoy, por la perversidad del espíritu público, produce

para mal de la sociedad, lo produciría luego en bien indudable de todos los humanos.

No sería ciertamente esta labor obra de un día de revuelta, resultado inmediato de una rebelión triunfante ni mágico efecto de una idea cualquiera. Sería esta gran transformación la consecuencia más o menos lenta, más o menos rápida, pero segura, del natural y libre desenvolvimiento de los sentimientos públicos, de los nuevos hábitos adquiridos en el ejercicio de la libertad, de la igualdad y de la justicia, pues ya suceda, como dice Ribot, que "las ideas están siempre al servicio de las pasiones, pero se parecen a los amos, que obedecen creyendo mandar", ya, como asegura Tiberghien, que "la vida del corazón está bajo el influjo de la vida de la inteligencia", o finalmente, según Huxley, que "a despecho de las aserciones de las gentes positivas, el mundo está gobernado, después de todo, absolutamente por las ideas, y con frecuencia por las ideas más extravagantes y más temerarias", no se puede negar que a la larga las ideas modifican tan radicalmente el sentido público, que acaban por sojuzgar las pasiones, imprimiéndoles nuevos rumbos y por transformarlas completamente bajo la influencia de sus prácticas.

Una última objeción que pudiera hacérsenos, viene contestada de antemano por la ciencia. Se ha demostrado, principalmente por Darwin, que el cambio de condiciones influye soberanamente en el organismo físico. ¿Cómo no han de influir en el organismo moral, que no es sino la expresión de aquél? Todas las condiciones cósmicas, climatéricas o de localidad, determinan en los seres vivientes modalidades características, reafirman o modifican su peculiar idiosincracia. Física y moralmente, el hombre es tanto un resultado de sí mismo como del medio total en que se desarrolla y vive. ¿Se pretenderá que sólo escapa a las in-